



REPARAR HOY: VIVIR EN EL AMOR QUE SANA EL MUNDO

H. Francisco Javier Sáez de Maturana

Vivimos tiempos complejos. A nuestro alrededor percibimos heridas personales y sociales, divisiones que parecen profundizarse, palabras que lastiman y situaciones que cuestionan nuestra esperanza. Así mismo, experimentamos desafíos que nos invitan a una mayor autenticidad evangélica y a una conversión permanente.

¿Tiene algo que decir la espiritualidad del Corazón de Jesús? Por supuesto que sí. Esta espiritualidad, conserva una actualidad sorprendente. Lejos de ser una devoción del pasado, pese al paso del tiempo, o gracias a ello, ofrece un camino para volver a lo esencial, a lo auténtico: al amor de Dios manifestado en Cristo, capaz de sanar lo herido y renovar el corazón humano.

En la base de estas páginas se encuentra la intervención que he tenido recientemente ante unas cincuenta religiosas, reunidas en Lima, celebrando el capítulo provincial de su congregación. Posteriormente he completado lo expuesto en esa ocasión. Este es el resultado de la reflexión, que comparto con gusto.

En la Regla de Vida leemos:

Los hermanos tributan al Corazón de Jesús un culto de alabanza, acción de gracias, ofrenda y **reparación**.

(RdV 120).

Cada mañana resuenan en capillas de hermanos, patios y clases, estas palabras:

Señor mío y Dios mío Jesucristo,
por el Corazón Inmaculado de María
me consagro a tu Corazón,
y me ofrezco contigo al Padre
en tu santo sacrificio del altar,
con mi oración y mi trabajo,
sufrimientos y alegrías de hoy,
en reparación de nuestros pecados
y para que venga a nosotros tu Reino.

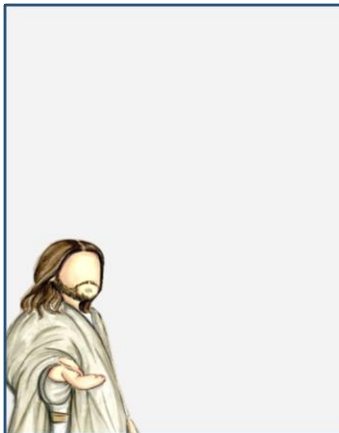
Para el Diccionario de la RAE, el término “reparar” es motivo de una gran sinfonía de palabras y expresiones: arreglar algo que está roto o estropeado, arreglar, recomponer, componer, apañar, remediar, remendar, restaurar, refaccionar, enmendar. También se dice: desagraviar, satisfacer al ofendido; satisfacer, desagraviar, indemnizar; restablecer las fuerzas, dar aliento o vigor; mirar con cuidado, advertir algo; atender, reflexionar; detenerse o hacer alto en una parte.

La reparación está presente en nuestra vida espiritual y en la vida de cada día, como hemos podido comprobar. Pero ¿de qué hablamos cuando decimos “reparación” en el caminar cristiano? ¿Es solo una palabra más de nuestro vocabulario rutinario?

No pocos piensan que hablar de reparación es cosa del pasado. Quiriendo o sin querer,

se ha asociado la reparación al ámbito de lo intimista, en clave espiritualoide -no espiritual-, como si fuera opcional, o sea, algo “muy personal”, pero sin incidencia en la vida cotidiana. Lo diga quien lo diga, considero que es un error penoso pensar así. La reparación no pertenece únicamente a la oración, a la piedad personal, a algo relacionado con “mis pecados”. La reparación es una forma de situarnos ante Dios, ante los demás y ante las heridas del mundo -tan lacerantes- con una mirada semejante, en lo posible, a la mirada compasiva y transformadora de Jesús, el Cristo de Dios.

Tal vez esta reflexión pueda ayudar a comprender el sentido profundo de la reparación y a descubrir cómo esta llamada sigue siendo hoy una tarea concreta para quienes deseamos vivir como discípulos de Jesús, el hombre de las entrañas conmovidas.



1. El Corazón abierto de Jesús: la escuela de un amor que no guarda nada para sí

Todos sabemos lo que significa ser amados de verdad. Cuando alguien escucha lo que nos duele a corazón abierto, ¡qué alivio experimentamos! Cuando alguien permanece a nuestro lado en la dificultad y, sobre todo, cuando “no es rentable” hacerlo, ¡qué descanso sentimos! Cuando alguien comparte nuestra preocupación con su mirada y su acogida sinceras, ¡qué paz respiramos! Sin embargo, el amor humano, aun siendo hermoso, tiene límites. El amor de Jesús va más allá. Por eso, contemplar su Corazón es entrar en el corazón mismo del Evangelio.

Cuando dirigimos nuestra mirada al Crucificado y contemplamos su costado abierto, descubrimos algo sorprendente: Dios no ha querido salvarnos desde lejos, o sea, desde “el cielo” o por WhatsApp. Ha entrado en nuestra historia, ha cargado con nuestras heridas y se ha dejado atravesar por el sufrimiento humano para sanarlo desde dentro. La herida de su costado es signo de su entrega absoluta; de esa herida abierta brotan, a borbotones, las lágrimas del mismo

Dios, verdadera fuente de vida que permanece abierta para todos.

El Corazón de Jesús no es simplemente una devoción o una imagen piadosa. Es la expresión más profunda del amor de Dios. En él encontramos la ternura que consuela y la verdad que libera; la misericordia que perdona y la fidelidad que nunca abandona. Su Corazón nos revela quién es Dios y cómo ama Dios.

Por eso, cuando tantas personas sienten que el mundo está fragmentado -y lo está de verdad-, que la violencia, la prepotencia, la indiferencia o el egoísmo tienen aparentemente la última palabra, la fe nos invita a volver la mirada hacia el Corazón de Jesús. Allí descubrimos que nadie está olvidado, que ninguna lágrima es inútil y que ninguna herida queda fuera de su amor.

Como nos recuerda el Papa Francisco en *Diligit nos*, el corazón es el lugar donde la persona encuentra su verdad más profunda, donde discierne y donde se encuentra con Dios. Cuando vivimos desconectados de nuestro corazón, también nos desconectamos de los demás y de la realidad. Volver al Corazón de Jesús es volver al centro, al lugar donde nuestra vida puede ser reunificada y reconciliada por el amor.

2. Reparación: dejar que el amor de Jesús transforme nuestro corazón

La palabra “reparación”, en la espiritualidad del Corazón de Jesús tiene un significado profundamente humano y evangélico. Reparar es responder al amor con amor. Así de sencillo. Así de exigente.

Santa Margarita María de Alacoque, monja francesa de la Visitación, dijo haber recibido de Jesús la siguiente sugestiva petición: “Al menos tú, ámame”. ¿Qué estaba demandando el Corazón de Cristo? Según manifestó aquella mujer entusiasta y de corazón palpitante, lo que estaba demandando era “al menos tú dame amor, para reparar estas ofensas que estoy recibiendo por parte de la gente”. Y de ese modo surge este

concepto de reparación. Por esta reparación, de manera espiritual, con nuestro amor, nosotros acompañamos al Señor en su humanidad sufriente, para consolarle. ¿Cómo? Orando, sí, y realizando otras obras de carácter espiritual, pero, ante todo, amando y consolando a las criaturas de Dios con corazones traspasados.

Por tanto, reparar no significa únicamente consolar el Corazón de Jesús; significa participar de su misma misión. Quien vive unido a él ya no puede permanecer indiferente ante el sufrimiento ajeno, como él tampoco lo hizo en su caminar entre nosotros. Quien vive unido a él, empieza a descubrir que los dolores, las esperanzas y las luchas de los demás también le conciernen. Los otros “sí son mi problema”. Y “procura no hacer sufrir a nadie” (RdV 33).

La autenticidad de este camino se verifica especialmente en la cercanía a quienes sufren, a quienes han sido descartados, a quienes viven en los márgenes o experimentan la soledad. Allí el amor contemplado se convierte en amor vivido.

Reparar es permitir que nuestro corazón se parezca cada día un poco más al de Jesús: más compasivo, más sensible, más disponible para servir, y menos encerrado en sí mismo. Es una obra silenciosa de la gracia, pero profundamente transformadora.

3. Reparar hoy: sanar el mundo desde la mirada y la palabra

Leemos en nuestra Regla de Vida:

El Cuerpo místico
no ha alcanzado todavía su pleno desarrollo.
Nuestra consagración
al servicio exclusivo del amor de Jesús
permite a la Iglesia crecer,
acelerar el reinado de la caridad.
Sin embargo, el Amor no siempre es acogido:
rechazos y demoras jalonan nuestras vidas;
por ello, en espíritu de **reparación**,
completamos en nuestro cuerpo
lo que falta a la pasión de Cristo,
aceptamos los sacrificios inherentes

a nuestra vida de consagrados y de apóstoles (RdV 117).

Estas palabras nos recuerdan que la reparación pertenece al día a día, al ámbito de la vida cotidiana. Hoy vivimos en una sociedad marcada por la polarización, los enfrentamientos constantes y la descalificación de quienes piensan distinto. Esto sucede también entre personas que se suponen siguen a Jesús y aprenden cada día en la escuela de su Corazón manso y humilde. En este contexto, la reparación adquiere una actualidad sorprendente.

Reparar comienza por custodiar el propio corazón. Si dejamos que el prejuicio, la “ideología” -en el mal sentido de la palabra- o la indiferencia se instalen en nosotros, nuestro corazón se corrompe, degenera, enferma -aunque pensemos que lo tenemos muy sano- y terminamos perdiendo la capacidad de reconocer al otro como hermano. Un corazón endurecido convierte a las per-

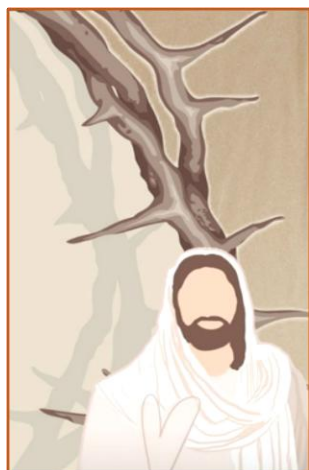
sonas que no “son de los suyos” en etiquetas, en objetivos a eliminar, al menos con palabras; un corazón abierto, que ve más de allá de las discrepancias surgidas por las ideas, sigue viendo en los otros rostros, historias y, ante todo, hermanos con dignidad.

Necesitamos, sin demora, reparar con nuestras palabras. Quien vive la espiritualidad del Corazón de Jesús -y escucha a diario lo que le dice el Maestro- sabe que las pala-

bras pueden abrir brechas o crear puentes, construir o destruir, sanar o herir. El discípulo ha escuchado: “Lo que sale de la boca procede del corazón, y eso es lo que mancha al hombre” (Mt 15,18); y también: “de lo que abunda en el corazón habla la boca” (Lc 6,44).

¡No vale todo! Es bueno ponerse a la escucha del sabio, que dice: “Cuida tu corazón, cuida tu lengua y procura hablar con verdad, pero también con respeto; con firmeza, pero sin violencia; con convicción, pero sin humillar”.

No se trata de renunciar a las propias ideas ni de evitar como sea los desacuerdos. Se



trata de recordar que quien piensa distinto sigue siendo una persona amada por Dios. Tiene una historia, una familia, una dignidad que merece ser respetada.

La reparación, en un mundo rasgado, nos invita además a rechazar la lógica del “enemigo absoluto”. En el Corazón de Jesús no existen personas descartables. Incluso en medio de los conflictos más difíciles, permanece intacta la dignidad de cada ser humano.

¿Cómo expresar la reparación? Pues en gestos sencillos, pero profundamente evangélicos: escuchar antes de responder; tratar de comprender antes de juzgar; evitar la descalificación y el chisme repugnante; renunciar a la agresión verbal; cuidar la fama de los demás y rechazar aquello que genera más heridas. Lo nuestro es curar, coser lo roto -si es posible- y aliviar.

Puede parecer poco. Sin embargo, es precisamente en estos pequeños gestos donde comienza la transformación del mundo. Allí donde alguien se niega a deshumanizar al otro, allí donde alguien responde al mal con humanidad, el Reino de Dios ya está haciéndose visible. “Sean humanos” les decía León XIV a los jóvenes en Madrid.

4. Reparar el mal con verdad y justicia

El amor verdadero no oculta la realidad ni la disimula; la afronta con verdad, la nombra con justicia y trabaja para transformarla.

Hay heridas particularmente graves que exigen de las instituciones de la Iglesia y de la sociedad una respuesta clara y decidida. Entre ellas se encuentran los abusos sexuales, de conciencia y de poder. Estas situaciones no son simples errores ni faltas que desaparecen sin más. “No son pecadillos” que se volatilizan en la confesión. Oír eso revuelve el estómago. Son heridas profundas que afectan la dignidad de las personas y contradicen gravemente el Evangelio.

Como ha recordado el Papa León XIV, hay personas que han sido heridas precisamente por quienes debían protegerlas y cuidarlas. Por eso, todos los cristianos estamos llamados a responder desde la escucha, la verdad,

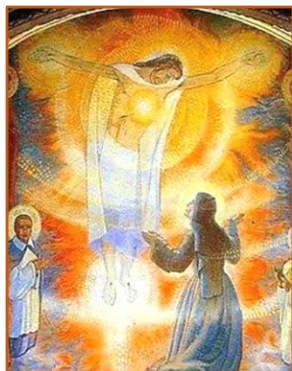
la justicia, la reparación y una firme cultura del cuidado. Al respecto de los abusos, dijo el Papa Francisco que “nunca será suficiente lo que se haga para pedir perdón y reparar el daño causado”.

En estos casos, reparar comienza por reconocer la verdad sin ocultamientos ni ambigüedades. ¡Con el dolor de los hijos de Dios no se juega!

Pero la verdad, para ser completa, necesita ir acompañada de la justicia. Reparar implica asumir responsabilidades, escuchar a quienes han sufrido, ofrecer caminos

de sanación y establecer medidas eficaces que impidan la repetición del daño.

La reparación no soporta minimizar el mal; lo suyo es enfrentarlo con valentía evangélica para que la verdad, la justicia y la misericordia puedan abrir caminos reales de restauración.



Conclusión: un mundo sanado desde un Corazón abierto

La espiritualidad del Corazón de Jesús no es una devoción encerrada en el ámbito privado. Es una forma de vivir el Evangelio y de transformar el mundo desde dentro.

Reparar hoy significa permitir que el amor de Cristo no solo nos consuele, sino que transforme nuestras relaciones, nuestras palabras, nuestras decisiones y nuestras comunidades. Significa pasar de la contemplación a la acción, de la oración a la vida.

Cuando el amor se convierte en reparación, la comunión comienza a abrirse paso, de no ser así, “no pidamos peras al olmo”. Cuando la verdad y la justicia se unen a la misericordia, las heridas encuentran caminos de sanación; pero sin verdad y justicia, la misericordia no puede echar raíces.

El Corazón abierto de Jesús sigue siendo, hoy como ayer, una fuente inagotable de consuelo, vida y esperanza, pero de nosotros depende que su acción llegue a todos, en particular, a los más heridos, a los corazones traspasados.

Lima, 24 de junio 2026